

ALGUNAS EXPRESIONES DE LA MUERTE EN LA CULTURA POPULAR TRADICIONAL ANDALUZA

FERNANDO C. RUIZ MORALES
Grupo de Investigación "Geisa"
Universidad de Sevilla

En nuestro contexto, la interpretación legítima de la muerte viene siendo un monopolio, sólo recientemente perdido (o al menos cuestionado), de la Iglesia. Ésta afirmaba (y afirma) que el hecho no consiste en el cese de la vida, sino en el nacimiento a otra. Ha venido teniendo la exclusiva sobre lo que todo ello significa y sobre el propio fundamento de tal hecho. De manera que, como en otros casos de monopolio sobre el conocimiento de lo sagrado, el sentido de la muerte

“pasa a ser la fuerza principal de las Iglesias constituidas como mecanismo de control psicológico basado en el sabio principio de que si una versión debe ser considerada incuestionablemente verdad, es importante que nadie la entienda”
(Buxó, 1989:217).

Cuando la Iglesia pierde este monopolio, las instancias que la sustituyen se mantienen básicamente bajo estos mismos paradigmas (aunque con otros fundamentos y procedimientos): negación de la muerte e interés en la ininteligibilidad del fenómeno. Pero más allá de todo eso, aunque evidentemente influida por ello, la gente interpreta y vive la muerte, y actúa ante ella. He aquí un tema de sumo interés.

La muerte expresa claramente el ordenamiento social, ya a partir de su propia presencia (en cuanto a la frecuencia y al tiempo —mueren antes los pobres que los ricos—, en cuanto a las causas —hay relación directa entre la causa de la muerte y la posición social—, etc.). Si es importante la relación entre muerte y clase social, no lo es menos la que existe entre muerte y etnicidad.

La respuesta a la muerte cumple una serie de funciones sociales, como el señalamiento de los lazos familiares o, incluso, el coadyuvar a la socialización de los menores: se recurre frecuentemente a contar trágicos acontecimientos, reales o ficticios, para disuadir a los niños de hacer determinadas cosas o de ir a determinados sitios. Los muertos (reales o fingidos) en circunstancias terribles forman parte tradicionalmente de la educación de los niños, aunque también de los mayores (recuéndense nuestros antiguos romances y canciones de ciegos, así

como los actuales —y ajenos— telefilmes y noticiarios). También los muertos de la propia familia tienen un importante papel, en la medida en que son utilizados como ejemplos, como acicate para hacer algo, o incluso como elementos cohesionadores de la propia familia. Pueden convertirse, así mismo, en modelos de identificación, y sin duda su carácter social puede definir, al menos para los convecinos, a una familia. Por otra parte, deben no ser mancillados y estar conminados a reposar (lo que no se contradice con la presencia que acabamos de exponer) y a ser propicios, como delatan muchas expresiones de la cultura oral popular.

Además de los rituales mortuorios, que constituyen un elemento central de nuestro tema, otro asunto de especial interés es la sepultura. Ésta tiene un fuerte poder simbólico, aunque sea cada vez menos. Además, la actividad que se genera tanto en el cementerio como en relación más o menos directa con él es enorme: desde corrillos ocasionales hasta visitas verdaderamente patéticas, desde faenas de limpieza hasta expresivos abandonos, pasando por diversas actividades económicas y profesionales, alguna de ellas considerablemente marcada.

La propia reacción de duelo es significativa, y puede ser interesante ponerla en relación con otras conductas pautadas referidas a las etapas más significativas del ciclo vital de los sujetos.

La riqueza del tema es evidente. Veremos sólo algunas manifestaciones de nuestra cultura popular tradicional en torno a este tema, dejando de lado aspectos tan centrales como los rituales de la muerte en Andalucía. La exposición que sigue es básicamente descriptiva: pretendemos sólo llamar la atención sobre diversas expresiones populares, aunque con la esperanza de motivar algunas reflexiones sobre un elemento central en la configuración de nuestra cultura.

Por “*cultura popular*” entendemos

“el conjunto de respuestas de orden tecnológico, sociopolítico o ideológico dadas por el pueblo, tanto de las zonas rurales como urbanas, a las necesidades creadas y sentidas a lo largo de su historia [...], estas respuestas están condicionadas por su situación de dependencia de las clases dominantes” (Rodríguez Becerra, 1985:63).

Vamos a centrar la atención aquí sólo en algunas de las respuestas de tipo ideológico y expresivo más relacionadas con las prácticas y el sentir popular tradicional. Expresiones de tipo ideológico-religioso serían sobre todo las prácticas y creencias relacionadas con la pretensión de actuar sobre la muerte, para alejarla o bien para convocarla (prácticas transformativas), las creencias sobre los muertos, y los augurios (de carácter demostrativo pues). Además, con especial carácter expresivo (aunque no menos ideológico) hallamos los refranes, los dichos, las expresiones artísticas (como el flamenco) y las fiestas en torno a la muerte.

1) Existen tradicionalmente (y todos los pueblos se han preocupado de ello) una serie de signos precursores de la muerte. Aparte de los augurios de muerte próxima que proporciona el propio moribundo queriendo de repente realizar un viaje con vitalidad inusitada, o volviéndose en la cama de cara a la pared, los animales se convierten en agoreros especialmente indicados: las lechuzas con sus graznidos, los perros aullando y arañando la pared, los gallos cantando a

deshora, las gallinas cantando como un gallo, los gatos, o incluso los moscardones (si al caminar por el campo a alguien le roza en la cara un moscardón, morirá al poco tiempo) son especialmente considerados al respecto¹. Además del moribundo y de los animales, hay un tercer universo especialmente prolijo en anuncios de muerte: se trata de los sueños. Soñar con carne, con niños chicos, con dientes y muelas, o con hormigas, anuncia la muerte próxima del sujeto o de allegados. No vamos a entrar en el valor de los sueños ni en su capacidad evocativa directa (la carne y los huesos, las hormigas, basureras que todo lo comen, los niños chicos, que dado el régimen demográfico antiguo suponían preparar casi tanto su cuna como su sepultura). El rasgo principal de esas fuentes de augurios es (aparte de su carácter rural en el caso de los animales) su carencia de carácter extraordinario: son signos mundanos y que fácilmente ocurren. Su función fue, probablemente, recordar la muerte, tenerla siempre presente, tanto en relación con las exigencias del cristianismo como, sobre todo, en relación con la necesidad de no pensar seriamente en ella. Los augurios de muerte son característicos de una sociedad, por tanto, precapitalista, en la medida en que suponen que el procedimiento para eludirlos no es ocultarlos y prohibirlos, sino por el contrario hacerlos omnipresentes. El racionalismo tachó esas creencias como "supersticiosas", las denigró socialmente y las sustituyó por el silencio. Sin embargo, la gente suele ser sensible hoy a los augurios de muerte, aunque no crea demasiado en ellos. Esto denota, ni más ni menos, una falla del sistema.

2) Hay otra serie de prácticas que pretenden evitar o convocar la muerte, influir sobre ella. Por lo común, suelen servir también a más cometidos, absolutamente mundanos: cuando se rompe un espejo, morirá una persona (evidentemente así, de paso, se tiene más cuidado con el objeto)². No se debe trabajar en domingo: si se termina de coser un vestido en domingo, éste servirá de mortaja. No dar vueltas a una silla, así como prohibir a los niños hacer ruidos con las latas, gestos ambos que convocan a la muerte, nos remiten sin querer a esas cuestiones prácticas³, cuya observancia pretenden reforzar. Pero además nos encontramos de nuevo con la necesidad de hacer la muerte cercana: si con esos gestos se le convoca, es que está lista, alerta. Otras prácticas para alejar la muerte son, aparte de las oraciones y jaculatorias, poner las tenazas en cruz en las chimeneas, ponerse la ropa interior del revés (que incide en un tema fundamental: el estar listo) o dejar la propia casa inacabada, caso este último que nos remite a su vez a un mundo donde el grupo doméstico jugaba más funciones que hoy.

El contagio de la muerte está presente: no se debe rezar camino del cementerio (se remarcan así, además, las fronteras con el otro mundo), y es mejor no cruzarse con un entierro, y menos aún con un coche de muertos vacío; ante esto, hay que tocar madera, aunque la madera sea la misma materia de la que se hace el ataúd. En este caso tocar madera es manifestar capacidad

1. La mayoría de las creencias y prácticas expuestas (pero no su interpretación) las tomo, aparte del conocimiento directo o indirecto, de Almansa (1995), Brenan (1988), Casas (1947), Gómez-Tabanera (1968), Limón (1981), Machado (1981), y Moreta y Alvarez (1992).

2. El espejo, de todas formas, tiene un valor especial en relación con la muerte: los fantasmas no se reflejan. Por otra parte, en la habitación del velatorio se tapaban o quitaban porque si alguien se veía en él con el cadáver, su muerte se anunciaba próxima.

3. Como el poner cierto número de cebollas debajo de la cama, que sirve para espantar la muerte. Resulta que las cebollas tienen excelentes propiedades, especialmente para el aparato respiratorio.

de dominio, de manipulación del entorno, y afianzarse en el contacto con ese material, privilegiado y especial en cuanto tiene una relación íntima tanto con lo impuro, el cadáver, como con lo numinoso.

Los pies de la cama no deben estar orientados hacia la puerta de la habitación (evoca el salir “con los pies por delante”), y además la cama debe colocarse en sentido transversal a las vigas del techo del dormitorio. Esto puede utilizarse tanto para alejar la muerte como, si se hace lo contrario de lo prescrito, para convocarla⁴. Lo mismo ocurre con un sueño premonitorio: soñar que una persona muere puede cumplirse si el sueño ha sido en viernes y el que lo sueña no lo cuenta.

Ninguna de estas costumbres se ha mantenido, lógicamente, pues respondían a las exigencias y condiciones de otra formación social. Su función principal era, como en el caso anterior, hacer la muerte presente para evitar las angustias de pensar en ella, y además, entrar en contacto con lo desconocido e inquietante para actuar sobre él sin intermediarios (de ahí las condenas de la Iglesia). Actualmente, el lugar y la función que ocupaban estas prácticas han sido sustituidos más bien por escapismos de tipo espiritualista o materialista, o por “pequeñas manías personales”. Las necesidades a las que estas costumbres responden siguen estando ahí.

3) Las creencias y prácticas acerca de los muertos tienen muchos puntos en común con las costumbres que acabamos de señalar, en cuanto a la realización de gestos propicios y su significación. Aunque el muerto está bastante presente en la cultura andaluza, con él hay que marcar claramente las distancias.

Para ello, por ejemplo, se coloca una cruz en el lugar en el que falleció un accidentado, lo que sirve no sólo para cumplir con él, sino también para “aviso de navegantes”. No se debe violar su espacio: la noche y el cementerio son ámbitos de los muertos y hay que guardar un respetuoso distanciamiento ante la conjunción de ambos. Si se pisa una lápida o una tumba, puede uno perder la memoria, o volverse loco. El propio Día de Difuntos el muerto puede visitar su casa, lo que sirve más aún para marcar las distancias, las fronteras, lo que está permitido y lo que no. Las almas en pena pueden querer vengar atropellos o saldar cuentas pendientes:

“creía [la criada de G. Brenan] que las almas de los muertos que no podían encontrar descanso —las almas en pena— se convertían en perros u otros animales que vagabundeaban hasta poder revelar a alguien lo que les inquietaba” (Brenan, 1988:123).

En efecto, pueden tomar forma de animal, o bien simplemente incorpórea; en este caso, es conveniente no cerrar las puertas de golpe, ni dar patadas a las piedras, por no dañar a las

4. Hay un divertido relato de Juan Eslava (1990) en el que la familia, para no prolongar más la agonía de la abuela (que les empezaba ya a resultar fastidiosa), la levantan de la cama para colocar ésta paralela al techo; al no bastar con eso, pusieron a la anciana con los pies descalzos en el suelo, según se hacía tradicionalmente para aliviar los sufrimientos de la agonía. Con el trajín, claro, lo consiguieron.

ánimas (otra vez encontramos consecuencias prácticas de una acción supersticiosa: no destrozarse los cristales o las puertas, no pillarse un dedo, no darle una pedrada a alguien ni romperse los zapatos...).

Ante todo, lo que interesa es marcar las distancias, separar a los muertos. Pero también, más radicalmente, impedir su retorno con acciones propiciatorias: durante el velatorio no debe quedarse nadie dormido, pues el difunto podría entrar en él. El muerto, en su sitio ha de quedar. Para impedir su aparición hay que besar los zapatos que lleva puestos a la sepultura. Los pies son tomados como clave para evitar su regreso. En los nichos se colocan con los pies por delante, para evitar que salgan. Antes aún, el cadáver se enterraba en dirección opuesta a la de su casa, para evitar su regreso. En los novenarios no se debe encender lumbre, pues pudiera guiarlos, convocarlos.

En el contexto actual no se tiene el mismo interés por marcar las fronteras, puesto que hasta éstas han sido previamente alejadas, desde el momento en que los propios muertos desaparecen en el crematorio o en un nicho perdido de un cementerio apenas perceptible rodeado de bloques de pisos. Las fronteras se ponen antes, en concreto con los moribundos recluidos en hospitales y con los ancianos recluidos en asilos. No obstante, sí inquieta la presencia de los muertos, e incluso despierta un interés que, en parte, denota una crisis de identidad.

4) Otro tipo de expresión cultural referente a la muerte lo encontramos en el mundo de las expresiones verbales, sean refranes, frases hechas, exclamaciones, etc. Los refranes que se refieren de una otra forma a la muerte no son pocos. Algunos son de tipo agorero, y nos remiten a presagios que ya hemos visto: *“soñar con dientes, muerte próxima de parientes”*; *“hombre muerto, mal encuentro”*; o *“gallo que canta a sol puesto, canta a muerto”*, de claros orígenes evangélicos. Otros refieren la inevitabilidad del suceso y su verdad: *“a la muerte no hay cosa fuerte”*, *“la muerte es tan cierta como la vida incierta”*, *“en mal de muerte no hay médico que acierte”*, o *“la muerte no perdona al Rey ni al Papa ni a quien no tiene capa”*. Otros se ocupan más de avisar: *“muerte y venta descalabran renta”*, o *“muerte no venga que achaque no tenga”*.

Pero hay otro tipo de refranes, en cuanto a su contenido, que nos parecen más expresivos. Unos insisten en lo que ya hemos señalado: el interés por marcar bien las fronteras entre vivos y muertos: *“quien va a un entierro y no bebe vino, el suyo viene de camino”*, o *“ni muerte sin llanto ni boda sin canto”*. En ellos se invita a participar activamente en el acontecimiento, sabiéndose muy bien la función reparadora de los rituales. La separación se puede traducir severamente: *“a muertos e idos, no hay amigos”*. E incluso de manera más sentenciosa, tanto que cura del contacto mientras, como el anterior, sirve para justificar o para reforzar una serie de cosas más mundanas que ahora no viene a cuento comentar: *“con el que muere y se ausenta, con ése no se cuenta”*. O, más radicalmente aún, y con una sobriedad que sobrecoge: *“al que se muere lo entierran”*.

Los más interesantes son aquellos en los que esa frontera implica la celebración de la vida, o al menos la dedicación a ella, dejando a los muertos en su sitio mientras a los vivos se les sitúa en otro más sensitivo y más apremiado por la necesidad: *“al muerto la mortaja y al vivo la hogaza”*, *“el muerto al hoyo y el vivo al bollo”*, o el que se refería a los velatorios de niños,

“angelitos a la gloria y chocolate a la barriga”. El mundo y las necesidades de cada uno quedan bien y definitivamente marcados, pero, eso sí, previo cumplimiento de lo debido a los muertos, esto es, velar, enterrar y atender a su memoria.

Un aviso sobre los refranes: su tema, en los casos que hemos citado, no suele ser la muerte, sino otros asuntos sobre los que se aplican, y ésta sólo sirve como recurso argumental. A pesar de sus formas sentenciosas y tajantes, hay cierta debilidad en ellos que los hace sumamente interesantes.

El que perdura y con fuerza es el de *“el muerto al hoyo...”*, puesto que su funcionalidad actual es plena; también porque, al menos, sigue siendo necesario nombrar las cosas con referencia a la sociedad propia.

5) Hay una serie de frases hechas sobre el tema, cuando se nombra a una persona que ha fallecido, que sirven como signo de reconocimiento, tanto hacia el difunto como hacia el interlocutor: tras nombrarlo por su nombre o por el grado de parentesco o afinidad con el emisor o con el oyente, un *“que en paz descansé”*, o un *“que en gloria esté”*, suelen ser las frases de rigor. Antes se utilizaban también *“que santa gloria haya”* y *“séale la tierra leve”*. No son tan sólo signos de reconocimiento sino llamadas, de nuevo, al mantenimiento de las distancias entre vivos y muertos. El poder evocador de la palabra es aquí evidente. Si no se pone al muerto en su sitio y respetuosamente, éste pudiera ofenderse.

Otras expresiones se utilizan cuando alguien nombra al difunto sin saber que murió. El interlocutor le señala el hecho con un *“ya descansó”*, o un *“se fue”*, *“está con Dios”*, *“ya no está con nosotros”*, *“está en la tierra de la verdad”*. Hoy, como el tema es tabú en gran medida, suele responderse con expresiones más deshechas y menos adornadas. Están también los más irreverentes *“está comiendo tierra”* o incluso *“está criando malvas”*. Aquí no se muestra siempre ese respeto que vimos en las fórmulas anteriores. Sin embargo, obsérvese cómo se elude nombrar la muerte. Se habla de ausencia, de reposo o de promiscuidad con la naturaleza, pero no se nombra la muerte. La mayoría de estas fórmulas no se usan hoy con tanta asiduidad, pero tampoco han perdido vigencia en absoluto.

6) La presencia o alusión a la muerte en el lenguaje cotidiano es especialmente rica. *“Un muerto”* es una persona pesada, cargante. *“Echarle el muerto”* a alguien es darle un encargo ingrato e indeseable. *“Quitarse el muerto de encima”* es librarse de un asunto complicado, aunque sin haberlo resuelto. La coletilla *“...ni niño muerto”* culmina un mensaje en el que se reprocha al otro sus excesivas excusas, sus quejas o su “cuento”.

Por su parte, la riqueza de expresiones populares para aludir al morir es muy de destacar: *“espicharla”*, *“palmar”*, *“estirar la pata”*, *“quitarse del tabaco”*, *“quedar listo de papeles”*, etc. se utilizan actualmente con profusión.

En otro campo semántico, cuando algo es buenísimo está que *“resucita a un muerto”*. También *“hay que morir”* ante la perfección de lo que sea. Lo que es extremadamente bueno está *“pa morirse”*, por tanto. En cambio, cuando uno carece de cualquier tipo de bienes, *“no*

tiene donde caerse muerto". En otro orden de cosas, quien no pierde la oportunidad de hacer valer su atención hacia los convencionalismos es *"más cumplío que un luto"*.

Hay por otra parte una serie de palabras tremendamente expresivas: el cementerio es *"la tierra de los callaos"*, o también *"la tierra de la verdad"* como se señaló. La fosa común era llamada *"la tertulia"*, o *"la olla"*; el ataúd, *"la guitarra"*; dar el pésame era, gráficamente, *"dar la cabezada"*. Encontramos en estas expresiones el recurso a la paradoja, no desprovisto de humor.

Un campo interesante es el de los insultos. Nombrar a los muertos del andaluz es (junto a nombrarle a su madre) el insulto más grave que puede hacerse: despojado de todo, sus muertos, como su madre, se constituyen en la pertenencia inalienable que simboliza su íntima irreductibilidad. Un insulto tal, reclama una respuesta. En los juramentos se refleja el mismo valor: jurar algo por los propios muertos significa el compromiso firme de llevar a cabo aquella tarea por la que se jura o garantizar la veracidad de lo que se acaba de afirmar.

7) Pero de todas las expresiones orales relacionadas con el tema, donde encontramos una verdadera mina es, claro, en el cante flamenco.

La muerte es aquí uno de los temas principales. Se asocia al amor, que puede ser triunfante, y que por tanto cura de la misma, aún sabiéndose ésta inevitable:

*Tengo el gusto tan colmao
cuando te tengo a mi vera
que si me diera a mí la muerte
creo que no la sintiera.*

Este amor triunfante puede incluso reclamar tercamente su victoria simbólica:

*Cuando yo me muera
mira qué te encargo,
que con las trenzas de tu pelo negro
me amarren las manos.*

Aunque, sobre todo, la muerte se asocia más al mal de amores:

*Me muero yo,
de pena voy a morirme yo
mordiéndolo la corteza
del verde limón.*

Pero la muerte, en su inevitabilidad y en sus consecuencias, constituye una de las temáticas principales del cante flamenco, independiente de su vinculación con el amor o el desamor. Es, sobre todo, motivo de queja. Ésta puede ser un lamento por la muerte de los seres queridos, muy especialmente la madre y la compañera:

*Doblen las campanas,
doblen con dolor,
que me s'ha muerto la mare de mi alma,
de mi corazón.*

*Mírala ya amortajá
y puesta entre cuatro velas
con la carita tapá.*

*Me duelen mis carnes
de tanto sufrir
sólo en pensar que mi compañera
se me va a morir.*

Otro aspecto de esta queja ante la muerte se refiere a la muerte propia, que puede culminar la larga serie de injusticias que fue la vida:

*A un arbitro me amarraron
para quitarme la vía,
y mientras que yo lloraba
el árbol se estremecía.*

La queja ante la propia muerte se expresa también en cuanto a sus consecuencias entre los que rodean al sujeto:

*Dios mío, me estoy muriendo,
dame un poco más vivir,
que mi niño de mi tormento
no me tiene más que a mí.*

El hospital es el lugar que resume esa indefensión:

*Me dijo llorando
antes de morir:
como me llesves al hospitalito
no voy a salir.*

Pero lo que más se resalta en este punto es la futilidad de la vida y el sentido relativo de las cosas, debidos a la presencia ineludible de la muerte:

*Cada vez que considero
que me tengo que morir
tiendo la capa en el suelo
y me jarto de dormir.*

*Cada vez que considero
que me tengo que morir
echo la vista p'al cielo:
Dios mío, ¿pa qué nací?*

Futilidad que puede estar en buena medida asociada al carácter nivelador y absoluto de la muerte, que termina poniendo las cosas en su sitio:

*El que se tenga por grande
que se vaya al cementerio
y verá lo que es el mundo:
es un palmo de terreno.*

Una tercera manifestación de la muerte en el flamenco, además de su relación con el amor y el desamor y de la queja ante la misma, es la concepción de la muerte como castigo asociado a la reparación de las cosas, a la obtención, mediante ella, de justicia. Un castigo que puede infringirse a otro:

*Al que te aconseje
de que no me quieras
a puñalás le den el santolio
que rabiando muera.*

Pero, sobre todo, la muerte es un castigo que recibe el propio sujeto:

*Yo no le temo a la muerte,
morir es natural;
lo que le temo son a las cuentas tan grandes
que a mi Dios he de dar.*

A menudo, la muerte es la única salida para reparar las cosas, para acabar con una situación insostenible:

*Ábrase la tierra
que no quiero vivir,
pa vivir como yo estoy viviendo
más vale morir.*

*A la muerte llamo
y no quiere venir,
que hasta la muerte tiene, compañera,
lástima de mí.*

*Acaba, penita, acaba,
acaba ya de una vez,
que con el morir se acaba
la pena y el padecer.*

Pero puede poner al descubierto la verdad, ante la que se siente enorme inquietud, en gran medida autocompasiva. Muchas veces desea verse cómo actuarían los deudos:

*Yo me quisiera morir
por ver si esta gitana
se pone luto por mí.*

*Si acaso me muero
mira que te encargo
que te pongas un lutito negro
siquiera pa un año.*

*Yo quisiera morirme
y escuchar mis dobles
sólo por ver quién decía
“¡que Dios lo perdone!”.*

Podemos encontrar en las letras flamencas todo un ciclo castigo-reparación-justicia. Esto es aplicable al tratamiento hacia los muertos, sobre los que no debe caer mancha alguna:

*Sabiendo que estaba muerta
maldeciste a mi mare;
anda y vete, mala sangre,
que a los muertos no se mienta,
lo que se hace es rezarles.*

Por último, un cuarto gran ámbito de expresión de la muerte en el flamenco es un asunto característico de los cantes mineros: la amenaza constante de la muerte en la mina:

*El minero en su negrura
siempre trabajando abajo,
corta piedra blanda y dura
y con su mayor trabajo
va abriendo su sepultura.*

*Malditos sean los dineros
que ganamos en las minas:
yo gastármelos prefiero,
aunque viva en la ruina,
por si mañana me muero.*

A la expresión de esa amenaza, que puede tener una enorme carga social, se une la desesperanza de quienes han perdido a alguien en la mina:

*¿Quién es la del velo negro
que triste y sola camina?
Es la mujer del minero
que murió ayer en la mina
de la explosión de un barreno.*

*Date prisa, tartanero,
por llegar pronto a La Unión,
que en el hospital minero
se está muriendo mi hermano
de la explosión de un barreno.*

*Por tu madre, compañero,
corre y dile tú a la mía
que un barreno traicionero
a mí me ha quitao la vía
y pensando en ella muero.*

Son una denuncia más o menos explícita de las condiciones de trabajo. En cualquier caso, donde alcanzan su verdadera dimensión tanto las letras flamencas como los dichos, los refranes y todas las conductas expresivas señaladas es en su interpretación, en su puesta en escena, en su conversión en actos de comunicación. Vaya pues por delante este aviso: sólo estamos exponiendo, digamos, “esqueletos”; el resto del organismo, lo vivo, la sustancia, está en la realización de las conductas expresivas, que no abordamos aquí.

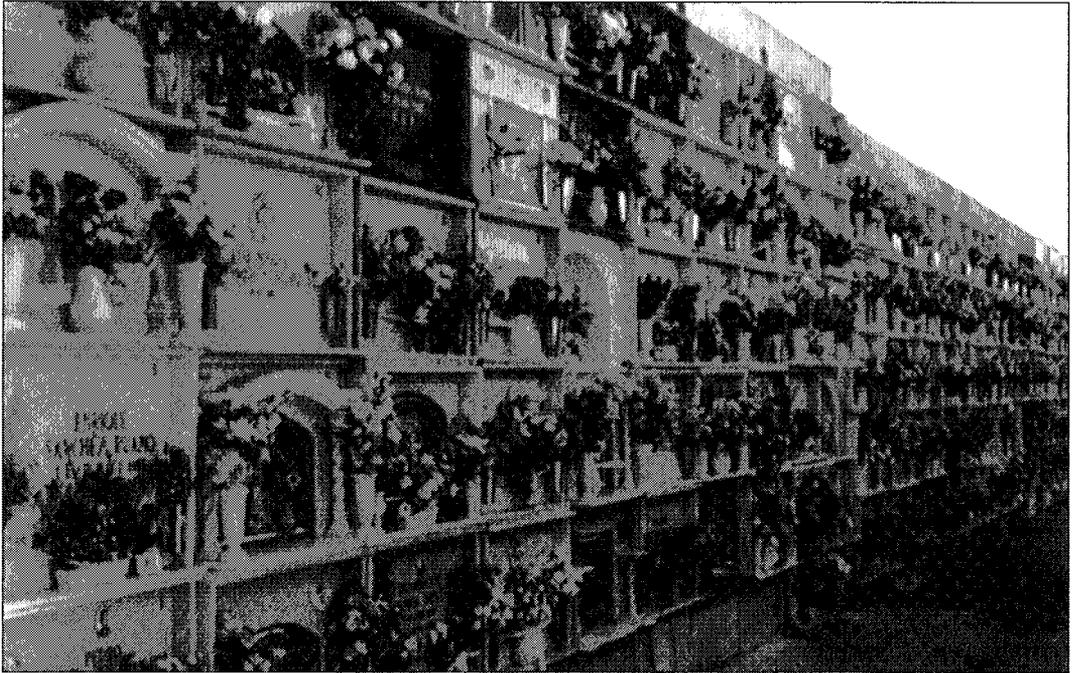
8) Hay una festividad señalada, el día de Todos los Santos, el primero de noviembre. En las vísperas se limpian y encalan las tumbas, que relucen ese día, adornadas de flores. Según J. Muñoz (1990), en algunos pueblos se vela toda la noche en los cementerios, y por la mañana se estrenan las prendas de invierno. S. Brandes considera esta fiesta como una prolongación de lo privado:

“aunque el Día de Todos los Santos es una ocasión pública se considera básicamente en términos privados [...]. La ocasión ni conmemora generaciones de ancestros ni la colectividad de los muertos. De igual modo el cementerio, a pesar de pertenecer al pueblo y ser administrado por el ayuntamiento, se concibe como una extensión colectiva de hogares individuales” (Brandes, 1989:114-115).

La función actual de la fiesta, según este autor, es ganar aprecio y estatus ante los demás:

“Las familias han podido mostrar su riqueza y estatus públicamente al mostrar sus tumbas en el día de todos los santos en franca exhibición, algo que no se podía realizar en relación a la propia casa al tener un círculo más reducido de visitantes” (Idem.:118).

Sin embargo, habría que intentar ir un poco más allá: a la gente, igual que no le suele



gustar hablar de la muerte, sí suele apetercerle hablar de esta fiesta y sus preparativos. En esto, y en el propio hecho de ir al cementerio a acicalar las tumbas, encontramos algo más de lo que señala Brandes: una negación de la miseria del momento, de la miseria del lugar, de la miseria de la propia vida.

Esto significa un gusto por el vivir, y sobre todo cierta autoafirmación orgullosa de los condenados a no decidir, a sentirse miserables, cosa que se refuerza aún más cuando son las clases trabajadoras y los sectores subordinados los que más atención prestan a esto. La limpieza y cuidado, aquí como en otros casos, nos están hablando de esto, y no sólo de afirmación de estatus como dice Brandes. Incluso, nos atreveríamos a afirmar que nos están hablando más bien de negación de estatus. He aquí otro tema que puede dar más de sí.

Aparte de esta festividad, hay otras, como las protagonizadas por las pandas de ánimas de Vélez-Blanco, que giran también en torno a este tema. Estas pandas salen a cantar tradicionalmente para recaudar fondos con los que celebrar misas en sufragio de las ánimas del purgatorio, así como para pagar el entierro a los más pobres. Pero estas motivaciones no son más que un pretexto para poner en contacto festivo a los vecinos y que,

“como forma recaudatoria pública, encierran todas las connotaciones de manifestación de la propiedad personal, situación laboral, prestigio y protagonismo ante la comunidad” (Fernández Manzano, 1989:153).

9) Vamos a cerrar este recorrido llamando la atención sobre otras diversas expresiones

culturales populares en torno a la muerte, aunque sin comentar nada sobre las mismas; tan sólo por dejar constancia de que pueden tener su interés.

La primera es la existencia y naturaleza de los intermediarios con el más allá, inclusive con los muertos. Aunque el contacto con los muertos realizado por alguna persona que actúe como médium probablemente no sea un tema central, dado el poco peso específico que aquí posee, no debe, sin embargo, ignorarse.

Otra cuestión son las fotos. Fue costumbre generalizada hacer fotos a los muertos, fotos que podían ponerse en las tumbas o bien conservarse en casa, como una especie de “vale” por la presencia de los muertos” (Losada, 1991:138). En otro orden de cosas, las fotos de los difuntos (pero no de sus cadáveres) tienen hoy plena vigencia como recordatorio, y hasta extremos tremendamente significativos.

Otro tema es el de las reliquias. Éstas implican una participación metonímica, que funciona mágicamente por contacto. Hay una variante que tener en cuenta: las reliquias, por definición, son sagradas para el grupo; pero hay quien conserva, a modo de reliquias “privadas”, restos del ser querido que ha fallecido, normalmente cabello. Ver la extensión y sentido de estas prácticas, así como la actitud ante las reliquias en general, puede ser también provechoso.

El mundo de los exvotos, por su parte, puede ofrecernos también pistas o temas nada desdeñables.

Otros temas especiales son las oraciones, jaculatorias, responsos y ensalmos, que aluden en última instancia a temas como la no separación entre creencias y palabras; las muertes ejemplares, con importante papel para la creación y recreación del imaginario colectivo; y las leyendas, especialmente locales, en las que nuestro tema puede tener cierta importancia.

Hay otro asunto periférico, pero considerablemente complejo: el tema del humor alrededor de la muerte y los muertos. Una manifestación muy interesante es la risa. Por ejemplo, en una exhumación, con fines judiciales, a la que pudimos asistir, los allí presentes se reían (excepto el enterrador, que no lo hacía, y el forense, que sí lo hacía pero de otra manera, con dominio de la situación). Se trataba de un mecanismo de defensa. Por otra parte, la inevitable sesión de chistes durante los velatorios son un hecho bien conocido. En relación con los rituales de la muerte en Occidente, E. Camporesi señala la preeminencia que conseguía la risa con objeto de afianzar la vida (Rivera, 1988), y que se ha mantenido en los velatorios tradicionales. La risa defiende, afirma, da seguridad, trae más acá aquello que se nos envuelve pero que se oculta amenazante. Y con ella, de camino, los vivos se celebran.

Por último, aunque nos salgamos en cierta medida del tema, no queremos dejar de señalar algunas características, aún superficialmente, sobre la muerte en la cultura tradicional gitana, puesto que es un tema que nos parece de especial importancia:

- El asilo está excluido como antesala de la muerte: el anciano juega un papel social importante, y la propia muerte no se elude del ámbito doméstico.

- Las manifestaciones afectivas públicas de dolor (llantos, lamentos, gritos, etc.) no sólo no están implícitamente prohibidas, sino que son recomendables para el caso de las mujeres.
- El ritual mortuario sigue jugando un papel central como respuesta a la muerte, y se lleva a cabo con considerable rigor, movilizándose además a toda la pléyade de parientes (aunque esto depende de quién haya sido el fallecido y en qué circunstancias haya ocurrido el hecho). Dentro de éste, el luto cumple un papel muy destacado, incluyendo no sólo vestir prendas negras, sino también eludir las fiestas, la televisión, etc. Entre los mecanismos puestos en marcha por la cultura gitana para su reproducción, los rituales mortuarios tienen sin duda un papel primordial.
- La muerte no se le oculta a los niños; éstos pueden asistir a los entierros y al resto de procesos rituales.
- Los muertos juegan un papel muy destacado como elementos de cohesión y de socialización.
- La presencia de los mismos es patente: debe actuarse de manera que éstos sean propicios, lo que significa ante todo respetar su memoria. Éstos pueden aparecerse en caso de tener que reponer o compensar algún asunto que les afecte. Hay, por tanto, que restaurar las cuestiones pendientes que afecten al difunto, lo que puede incluir la venganza de sangre en caso de necesidad.
- A su vez, las fronteras con los muertos hay que marcarlas muy estrechamente, observando las prescripciones y tabúes rituales. Puede ser peligroso no cumplir éstos, manchar su memoria o retar a los muertos nombrándolos o adentrándose en su terreno.
- La tumba es especialmente importante. No sólo hay que cuidarla bien, sino que debe ser, si es posible, un monumento al difunto.
- Igual que el respeto y la memoria de los muertos es esencial para mantener la integridad y dignidad, la falta a los mismos puede ser utilizada simbólicamente como arma frente a otros, ya sea para hacerles daño o para denigrarlos, autoafirmando de paso la propia parentela o la propia etnia.

Como se ve, muchos de los aspectos ya señalados se mantienen entre los gitanos (aunque con su especificidad y sus elementos propios), y con una considerable acentuación del carácter de respuesta cultural propia ante el evento. La muerte es uno de los elementos que poseen centralidad para la reproducción de la cultura gitana, convirtiéndose en un componente vital para la elaboración de su etnicidad. En definitiva, las respuestas a la muerte afirman la identidad de los gitanos, lo que supone en cierta medida una derrota de la cultura hegemónica; no en vano, son molestos para la misma.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMANSA TALLANTE, R., 1995: "El misterio de la muerte en Cazorla y su Sierra". *Demófilo*, n° 14. Fundación Machado. Sevilla, pp. 151-163.
- BRANDES, STANLEY, 1989: "Distinciones sexuales en el ritual mortuario de Monteros". *El Folk-Lore Andaluz*, n° 3. Fundación Machado, Sevilla, pp. 109-124.

- BRENAN, GERALD, 1988 [or. 1957]: *Al Sur de Granada*. Siglo XXI, Madrid.
- BUXÓ, MARÍA J., 1989: "La inexactitud y la incerteza de la muerte: apuntes en torno a la definición de religión en antropología", en Alvarez Santaló, C., Buxó, M.J. y Rodríguez Becerra, S.: *La Religiosidad Popular*, vol. II. Anthropos-Fundación Machado, Barcelona, pp. 205-223.
- CASAS GASPAR, E., 1947: *Costumbres españolas de nacimiento, noviazgo, casamiento y muerte*. Madrid.
- ESLAVA GALÁN, J., 1990: *Cuentos crueles*. Universidad de Granada.
- FERNÁNDEZ MANZANO, A. y FERNÁNDEZ MANZANO, R., 1989: "Las ánimas de la Alpujarra". *El Folk-Lore Andaluz*, nº 3. Fundación Machado, Sevilla, pp. 153-169.
- GÓMEZ-TABANERA, J.M. (Ed.), 1968: *El folklore español*. Instituto Español de Antropología Aplicada, Madrid.
- LIMÓN DELGADO, A., 1981: *Costumbres populares andaluzas de nacimiento, matrimonio y muerte*. Diputación Provincial de Sevilla.
- LOSADA GUTIÉRREZ, C., 1992: "Fotografías del ciclo vital en Sevilla y su provincia (1850-1965)", en *Anuario Etnológico de Andalucía 1991*. Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, Cádiz, pp. 135-139.
- MACHADO Y ÁLVAREZ, A. (Dir.), 1981 [or. 1882-1883]: *El Folk-Lore Andaluz*. Ayuntamiento de Sevilla - Tres-Catorce-Dieciséiete, Sevilla.
- MORETA LARA, M.A. y ÁLVAREZ CUIRIEL, F., 1992: *Supersticiones populares andaluzas*. Arguval, Málaga.
- MUÑOZ GIL, J., 1990: "Los andaluces ante la muerte: una aproximación desde la Antropología Cultural". *El Folk-Lore Andaluz*, nº 7. Fundación Machado, Sevilla, pp. 21-31.
- RIVERA, ANNAMARÍA, 1988: *Il mago, il santo, la morte, la festa. Forme religiose nella cultura popolare*. Dédalo, Bari.
- RODRÍGUEZ BECERRA, S., 1985: *Las fiestas de Andalucía*. Editoriales Andaluzas Unidas, Sevilla.